

El interrogante de Ulises.

Hipótesis acerca del vaticinio formulado por el espectro de Tiresias en el canto XI de la Odisea.

La pregunta del sujeto no se refiere de ningún modo a algo que puede ser consecuencia de un destete, abandono, falta vital de amor o de afecto; ella concierne a su historia en tanto que él la desconoce, y eso es lo que expresa, muy a pesar suyo, a través de toda su conducta, en la medida en que oscuramente busca reconocerla. Su vida está orientada por una problemática que no es la de lo vivido, sino la de su destino, a saber: ¿qué significa su historia?¹



Existe un evidente y estrecho vínculo entre *viaje* y *relato*. Los viajes —al menos aquellos que de verdad se merecen este nombre— adoptan siempre la estructura básica de un relato. Del mismo modo, los relatos presentan la estructura elemental de un viaje, por más que no en todas las historias se cuenten grandes desplazamientos a través de un espacio físico.

En los viajes como en los relatos el tiempo fluye y determinadas experiencias, más o menos intensas, más o menos contundentes, se suceden a la fuerza. Sin embargo —y el que sigue es un aspecto de la mayor relevancia— ni el flujo temporal ni la sucesión de acontecimientos bastan para generar auténticos viajes o auténticos relatos. Cuando sólo hay devenir, cuando no se dispone de un punto final que venga a clausurar y a ofrecer cierto sentido a lo acaecido, ambos fenómenos, viajes y relatos, se disuelven entre un aglomerado de desplazamientos y eventos inconexos. Tenemos entonces un discurso pseudonarrativo —delirante, en mayor o

¹ LACAN, J.: *Seminario II: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*. Pág. 71.

menor medida— en lugar de relato y pura deriva en vez de viaje. Y es que no hay verdadero viaje sin *destino* como no hay verdadero relato sin *final*².

Pero para hablar de viajes y relatos contamos con un texto especialmente apropiado. Un texto muy antiguo en el que se narra el relato de un largo y complicado viaje. Se trata, pues, del relato de un relato —o del viaje de un viaje, según se mire— que lógicamente acabaría por convertirse en uno de los grandes *metarrelatos* de la Antigüedad grecolatina y en consecuencia en uno de los textos fundadores de Occidente.

El extenso poema homérico —aceptemos aquí el nombre de Homero como autor de la *Odisea*, dejando al margen aquella curiosa y reveladora controversia denominada *la cuestión homérica*— posee una estructura narrativa relativamente compleja en la que de manera constante se suceden aventuras, irrumpen personajes nuevos, cambian escenarios y se producen saltos temporales. Aunque tal riqueza narrativa en absoluto impide que la obra presente un fondo temático claramente unitario: todo en ella gira en torno al difícil regreso del héroe Odiseo a Itaca, su isla-patria.

A su vez, esta línea argumental directriz se enmarca en un contexto mucho más amplio apenas narrado en el poema pero perfectamente conocido por el auditorio para el que se recitaba: miles de héroes parten desde todos los rincones de Grecia hacia una guerra contra la ciudad asiática de Ilión; cuando diez años después la guerra concluye los supervivientes emprenden el viaje de regreso a sus hogares, donde no siempre les resultará fácil reincorporarse³. Odiseo es uno de estos héroes que regresa, sólo que él tardará otros diez años más en hacerlo.

² Tal y como ha señalado González Requena, ausencia de clausura y eclipse de la narratividad son fenómenos estrechamente relacionados.

³ Es el caso, por ejemplo, del rey Agamenón que tras regresar de Troya fue asesinado por su esposa Clitemnestra y el amante de ésta, Egisto.

La casa —o mejor, el *oikos*, puesto que no son términos del todo equivalentes⁴— ocupaba una posición central en la sociedad griega homérica y, de hecho, constituía el nódulo de su estructura económica⁵, política y social. No es casualidad, entonces, que Odiseo se empeñe con tanta insistencia en dirigir sus pasos hacia semejante lugar. Como tampoco lo es que precisamente allí —en el *oikos* de Odiseo— Penélope aguarde durante diez años el incierto regreso de su marido resistiendo el asedio de un nutrido grupo de pretendientes.

Pero todavía un detalle más al respecto. Junto a la historia del hombre que regresa y la mujer que espera en la *Odisea* se narra también la tragedia que concierne a un tercer personaje. El joven Telémaco —hijo de Odiseo y Penélope— observa cómo su *oikos* paterno está siendo devastado por los pretendientes de su madre, unos oportunistas que banquete tras banquete esquilman los establos y vacían las bodegas. Ante esta humillante situación decide iniciar una arriesgada lucha en solitario —la *telemaquía*— con el fin de localizar a su padre. Telémaco, el hijo, quiere encontrar a un padre que le restituya el patrimonio que le está siendo arrebatado. Un padre capaz de otorgarle un lugar digno en el que ser algo más que *objeto* de burla de los malvados pretendientes.

Como corresponde a todo héroe, el papel de Odiseo es clave en esta historia: su padre Laertes, que vive retirado en el campo, es demasiado viejo para defender su lugar, su hijo Telémaco demasiado joven para ocuparlo. Sin Odiseo el *oikos* familiar se descompone, se arruina progresivamente y amenaza con desintegrarse por completo. El equilibrio del mundo —de todo ese universo cultural que pivota alrededor del *oikos* patriarcal— pende de un finísimo hilo que sólo Odiseo está en disposición de asegurar. En realidad, al igual que sucede en tantos otros mitos, es la

⁴ Véase a este respecto el libro, clásico en la materia, de M. I. Finley *El mundo de Odiseo*. 1954.

⁵ Término, por otra parte, derivado de *oikos*.

civilización —su posibilidad misma— la que está en juego en el viaje de Ulises.



En el canto undécimo de la *Odisea*, aproximadamente en la mitad del poema, tiene lugar un episodio de especial trascendencia para el desarrollo del relato: por mandato de la hechicera Circe, no sin resistencia y bajo promesa de importantes revelaciones, Ulises realiza un viaje al reino de Hades, la morada de los muertos.

Una breve navegación hacia el oeste conduce a Odiseo y sus hombres hasta los territorios infernales. Tras realizar ciertos sacrificios indicados por Circe a modo de llave ritual una multitud de espectros se les acerca. Entre ellos destaca el de Tiresias, el anciano ciego que aparece en distintos y a veces inconexos relatos míticos del ámbito heleno⁶. La sombra de Tiresias se aproxima a Ulises y comienza a desplegar un discurso que se cifra en clave oracular:

Buscas la dulce vuelta, preclaro Odiseo, y un dios te la hará difícil; pues no creo que le pases inadvertido al que sacude la tierra, quien te guarda rencor en su corazón, porque se irritó cuando le cegaste a su hijo⁷.

Sin más preámbulos, Tiresias aborda dos aspectos fundamentales en la historia de Odiseo. En primer lugar, localiza el deseo del héroe —la vuelta a casa— y seguidamente señala el principal escollo que se opone a su realización: Posidón, el dios que con sus olas sacude la tierra, guarda rencor a Odiseo por haber cegado a su hijo el cíclope en una acción que, por otra parte, le permitió escapar de una muerte cruel e indigna. Desde

⁶ Seguramente la más conocida intervención de Tiresias sea la del consejero ciego encargado de abrir los ojos a un Edipo que finalmente acabará por cegarse a sí mismo.

⁷ El discurso de Tiresias, que transcribiremos al completo, se presenta en la obra sin interrupción alguna y se localiza en *Odisea* XI, 100-137.

aquel mismo instante la ira de Posidón se cierne sobre el héroe, manifestándose principalmente bajo la forma de un mar embravecido⁸.

Pero aún llegaríais a la patria, después de padecer trabajos, si quisieras contener tu ánimo y el de tus compañeros así que ancles la bien construida embarcación en la isla de Trinacia, escapando del violáceo ponto, y halléis paciendo las vacas y las pingües ovejas del Sol, que todo lo ve y todo lo oye. Si las dejaras indemnes ocupándote tan sólo en preparar tu vuelta, aún llegarías a Itaca, después de soportar muchas fatigas; pero, si les causares daño, desde ahora te anuncio la perdición de la nave y la de tus amigos. Y aunque tú te libres, llegarás tarde y mal, habiendo perdido todos los compañeros, en nave ajena...

Lo que Tiresias plantea aquí es una prohibición mítica de inevitables resonancias genésicas: al llegar a la isla de Trinacia Ulises y los suyos no deben tocar los ganados de Helios. Las ovejas y las vacas —como los frutos de los árboles— son para comer, pero *no* estas, pues son sagradas, o la inversa. Llegado el momento la prohibición será violada —no podía ser de otra forma— y los sagrados animales acabarán en las parrillas. Las consecuencias de tal infracción no se harán esperar y poco después una tormenta hundirá el barco de Ulises. Él sobrevivirá milagrosamente al naufragio pero a partir de entonces tendrá que proseguir el viaje solo y en nave ajena.

...y hallarás en el palacio otra plaga: unos hombres soberbios, que se comen tus bienes y pretenden a tu divinal consorte, a la cual ofrecen regalos de boda.

Tiresias se refiere ahora a la difícil situación —desconocida para el personaje de Odiseo pero no para el lector— que se está viviendo en Itaca. Aunque el mismo Tiresias es quien se encarga de apuntar la solución del conflicto:

Tú, en llegando, vengarás sus demasías.

⁸ El *mar* —como Posidón— desempeña en la *Odisea* un papel ambivalente. Si por un lado es el canal, el camino por el que discurre el viaje de Ulises y, en definitiva, el elemento que lo hace posible, por otro se muestra como un poderoso impedimento para la conclusión del mismo, adoptando en este caso su faceta más radicalmente *real*: la tempestad.

Y esto es exactamente lo que sucederá: en las postrimerías del relato Ulises logra llegar a Itaca y acaba con los pretendientes.

Pero, entonces ¿se ha anticipado el relato a sí mismo con las palabras de Tiresias? En efecto, todo el avance, todo el recorrido narrativo de la *Odisea* se condensa en este discurso profético. Ocurre siempre así en los universos míticos: no hay autonomía narrativa posible. Tan sólo un relato es capaz de impulsar, de movilizar el desarrollo del relato mismo.

Pero, contra lo que cabría esperar —contra lo que se nos ha dicho en tantas ocasiones— la historia de Odiseo no finaliza con la matanza de los pretendientes. Para que la historia de Ulises pueda clausurarse y su destino patriarcal se cumpla —falleciendo en casa, lejos del mar, anciano y rodeado por sus felices hijos-ciudadanos— su peregrinar necesita dar un último paso. Y, cómo no, es Tiresias el encargado de anotarlo:

Mas, luego que en tu mansión hayas dado muerte a los pretendientes, ya con astucia, ya cara a cara con el agudo bronce, toma un manejable remo y anda hasta que llegues a aquellos hombres que nunca vieron el mar, ni comen manjares sazonados con sal, ni conocen las naves de encarnadas proas, ni tienen noticia de los manejables remos que son como las alas de los buques. Para ello te diré una señal muy manifiesta, que no te pasará inadvertida. Cuando encuentres otro caminante y te dijere que llevas un aventador sobre el gallardo hombro, clava en tierra el manejable remo, haz al soberano Posidón hermosos sacrificios de un carnero, un toro y un verraco, y vuelve a tu casa, donde sacrificarás sagradas hecatombes a los inmortales dioses que poseen el anchuroso cielo, a todos por su orden. Te vendrá más adelante y lejos del mar muy suave muerte, que te quitará la vida cuando ya estés abrumado por placentera vejez; y a tu alrededor los ciudadanos serán dichosos. Cuanto te digo es cierto.

El tema del viaje al Más Allá se encuentra sólidamente arraigado en la narrativa occidental: Virgilio, Dante e incluso algún relato

cinematográfico⁹ así lo avalan. Pero si el viaje de Odiseo al Hades nos ha llamado especialmente la atención es porque observamos que ha sido incomprendido y en cierto modo rechazado —señalado como apócrifo, en algún caso— por buena parte de los comentaristas modernos de la *Odisea*. A modo de ejemplo, citaremos las opiniones al respecto de dos prestigiosos especialistas en cultura clásica: Carlos García Gual y Alvin Lesky.

Afirma Lesky en su célebre *Historia de la literatura griega* que:

Particularmente problemático resulta el canto XI con la Nekyia¹⁰. Resultan extraños muchos aspectos de la profecía de Tiresias [...]. Y, sin embargo, no es de suponer que en la serie de aventuras faltara originariamente la del viaje al reino de los muertos. Naturalmente, aquí debe contarse muy especialmente con interpolaciones.¹¹

Lesky confiesa su perplejidad ante las palabras de Tiresias y decide solventar el asunto sugiriendo la existencia de interpolaciones en el texto. Pero ¿acaso hubo alguna vez una versión original de la *Odisea*, una versión primigenia, incontaminada y por tanto perfectamente lógica? Semejante planteamiento no hace más que poner en evidencia las limitaciones que presenta el estudio estrictamente filológico de los textos míticos.

Por su parte, Carlos García Gual en un interesante trabajo dedicado a la temática del viaje mítico declara:

La entrevista con el fantasmal adivino puede parecer al lector actual un tanto decepcionante. Lo que Tiresias cuenta sobre el destino de Ulises es poco y ambiguo. Le hace una advertencia (“cuidado en Trinacria con las vacas de Helios”) que será desoída, y formula una extraña profecía sobre el último peregrinar de Ulises (que no se cuenta más en la *Odisea*). Por lo demás resulta que Circe es mucho más explícita luego acerca de las futuras erranzas de nuestro héroe, quien pudo pensar que la sagaz hechicera le podría haber ahorrado el viaje.

⁹ Es el caso del viaje fluvial del capitán Willar en *Apocalypse Now* (F.F. Coppola, 1979).

¹⁰ Viaje al Hades.

¹¹ LESKY, A.: *Historia de la literatura griega*. 1963. Pág. 72.

El motivo de Ulises para atreverse a abordar el reino de Hades y Perséfone resulta un tanto superficial. Va al Más Allá a preguntar sobre cómo regresará a su casa, a Itaca. Es ir muy lejos para escaso botín. Pero el curioso Ulises aprovecha la excursión para echar un vistazo y, de paso que trata con Tiresias, entrevistar también a algunos conocidos y avistar a algunos fantasmas ilustres.¹²

García Gual no se refiere a interpolaciones en el texto aunque —quizás tan perplejo como Lesky— opta por restar importancia al episodio que nos ocupa. El viaje al Hades de Ulises no sería, a su entender, más que un adorno, una anécdota un tanto superflua introducida casi por casualidad en medio de las auténticas andanzas del héroe. Más aún, García Gual califica de *escaso botín* la pregunta de Ulises acerca de cómo regresar a casa. ¡Pero si precisamente se trata de regresar a Itaca! Como veremos enseguida, no es cualquier cosa lo que Odiseo obtiene gracias a su viaje al Hades.

No es cierto, por otra parte, que la profecía de Tiresias no vuelva a aparecer en el texto: una vez que Ulises regresa a Itaca y la primera parte del vaticinio se haya cumplido advierte a su esposa:

¡Mujer! Aún no hemos llegado al fin de todos los trabajos, pues falta otra empresa muy grande, larga y difícil, que he de llevar a cumplimiento. Así me lo vaticinó el alma de Tiresias el día que bajé a la morada de Hades, procurando la vuelta de mis compañeros y la mía propia.¹³

Y a continuación repite puntualmente lo anunciado por Tiresias.

En cualquier caso, si no queremos desestimar este capítulo de la *Odisea*, si pretendemos tomarlo como parte fundamental del mito de Ulises, nos vemos en la obligación de responder a la siguiente cuestión: ¿Cuál es el sentido de la profecía de Tiresias? Nada mejor que leer las palabras del anciano de manera literal:

El viaje último de Ulises, el vaticinado —o más bien ordenado— por Tiresias, consiste en llevar un remo hasta regiones remotas,

¹² GARCÍA GUAL, C.: *Mitos, viajes, héroes*. 1981. Pág. 32.

¹³ *Odisea* XXIII, 248-253.

continentales, en las que su existencia se ignora por completo, hasta el punto de que es confundido con una pala de aventar. Pero ¿por qué un remo? ¿Qué tiene de especial este artilugio? Un remo, obviamente, sirve para remar, para desplazarse sobre el mar. Constituye, pues, el punto de contacto fundamental entre el que rema y el agua sobre la que penosamente intenta avanzar. El remo se sitúa justo en el vértice de la compleja relación que el hombre ha establecido con el mar —hemos hablado ya de Posidón, también de tempestades y naufragios— y su papel mediador lo habilita como un magnífico representante de todo lo que de sagrado encierra el reino de Posidón. Véase, si no, lo que sucede en el funeral de un compañero de Odiseo:

Cuando se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, envié algunos compañeros a la morada de Circe para que trajesen el cadáver de Elpénor. Luego cortamos troncos y, afligidos y vertiendo abundantes lágrimas, celebramos las exequias en el lugar más eminente de la orilla. Y no bien hubimos quemado el cadáver y las armas del difunto, le erigimos un túmulo, con su correspondiente cipo, y clavamos en la parte más alta el manejable remo.¹⁴

Sobre la tumba de Elpénor, marinero a la fuerza, se ha colocado un remo como hoy pondríamos una cruz.

Así pues, la misión implicada en el último viaje de Odiseo no es otra que la de llevar, junto con el remo, la presencia de Posidón allí donde se desconoce. En una misión de tipo evangélico Ulises debe convertirse en portador del nombre de Posidón y, por consiguiente, en su hijo.

Reconstruyamos la secuencia completa:

En el infierno —en los niveles más profundos del relato— un padre, Tiresias, el anciano sabio, revela el destino a un Odiseo que es hijo, pues recibe una palabra. Pero para que su destino se cumpla deberá reconciliarse previamente con un dios encolerizado, con una nueva figura paterna, esta vez amenazante. Ulises se rebeló contra Posidón para evitar su

¹⁴ *Odisea* XII, 8-15.

aniquilación —fue, por tanto, una rebelión necesaria— pero ahora debe aceptar la posición paterna del dios convirtiéndose en su hijo y restituyendo su ofensa con un sacrificio. Sólo así podrá él mismo ser padre.

Después de estas conclusiones resulta imposible considerar la *Odisea* únicamente como una especie de folletín de aventuras marineras o como el producto inevitable de una sociedad que tras varios siglos de tinieblas se lanza al descubrimiento de nuevas tierras y nuevas gentes con las que comerciar y a las que, de vez en cuando, saquear. La *Odisea* no es solamente un recorrido exótico por un mar desconocido y misterioso, una recopilación de anécdotas fantásticas o la más sublime expresión poética de la vitalidad mediterránea. Ninguno de estos tópicos modernos hace justicia al texto. Por ello, frente al más repetido y aceptado de estos lugares comunes —la exaltación del trayecto enriquecedor en el que lo de menos es Itaca, planteado por Kavafis— diremos: el trayecto sólo enriquece en la medida en que se pierde. Y añadiremos: lo verdaderamente crucial del viaje de Ulises es el *destino*.

La *Odisea* es un texto en el que se traza el destino de un sujeto que lucha por encontrar su lugar en el mundo: más allá de *lo real* del mar y sus monstruos —de Escila y Caribdis, que se tragan barcos enteros, de la isla de los cíclopes, donde no hay civilización y los hombres son devorados como ovejas, de las homicidas Sirenas y de las tempestades destructoras— pero también más allá de ciertos espejismos imaginarios como la isla de los lotófagos o la gruta de la ninfa Calipso, unos paraísos alienantes que no satisfacen al héroe:

La hija de este dios [por Calipso] retiene al infortunado y afligido Odiseo, no cejando en su propósito de embelesarle con tiernas y

*seductoras palabras para que olvide Itaca ; mas Odiseo, que está deseoso de ver el humo de su país natal, ya de morir siente anhelos.*¹⁵

La gruta de Calipso —llena de placer, comodidades e incluso serias perspectivas de inmortalidad— es una prisión para Ulises. Su lugar, su destino, es otro: Itaca, la tierra heredada de su padre, junto a su mujer y su hijo. Hacia allí apunta su deseo, allí está el *fuego* cuyo humo quiere ver.

Sin embargo, no debemos olvidar que si Ulises encuentra un destino es porque éste le ha sido revelado, le ha sido narrado. Hay destino porque hay —cuando los hay, claro— relatos que lo hacen posible. En este sentido, es cierto que todo está escrito, aunque sólo si alguien se ha preocupado de escribirlo.

Ya para concluir retomaremos la cita inicial de Lacan. Y lo haremos para introducir en ella un matiz derivado de la Teoría del Texto de González Requena y de la propia experiencia de lectura que acabamos de realizar. Efectivamente, la vida del sujeto *está orientada por una problemática que no es la de lo vivido, sino la de su destino*. Aunque su pregunta, la pregunta del sujeto —el interrogante de Ulises— se expresaría mucho mejor como *¿Qué sentido tiene su historia?*

No exactamente para responder, sino para sobrevivir a semejante cuestión existen —necesitamos— textos como la *Odisea*.

Vicente García Escrivá.

¹⁵ *Odisea* I, 10-15.